

PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . Fr. 5.--
Otros países . . \$ 3.--

Para ser justos divinamente

Exposición del Mensajero del Eterno

EL Señor nos invita amablemente a seguir los caminos de la justicia y de la verdad, a fin de que lleguemos a ser viables. El nos trae exhortaciones muy serias, por un lado, pero por otra parte también maravillosas palabras de confortamiento, de ternura y de bendición, que nos hacen ver cuán acertados, bellos y gloriosos son los caminos del Eterno.

Sin embargo, tenemos dificultades para seguirlos por el hecho de nuestras costumbres que nos cuesta trabajo hacer a un lado, porque han formado en nosotros un carácter bien acusado. Cuanto más acusado es el carácter, más difícil es desembarazarnos de él.

Lo que nos procura más dificultad es el poder de sugestión del adversario, que trata de influenciarnos hasta en los pormenores de nuestra vida diaria, aprovechándose de todos nuestros hábitos ilegales. Por eso, si queremos dejar nuestra situación de esclavos del adversario, debemos ser categóricos con nosotros mismos, y firmemente decididos a separarnos de nuestra vieja mentalidad.

Si nos apoyamos en el Señor y le damos toda la prioridad a los caminos divinos, podremos hacer frente al adversario; nos será fácil despedirlo, y movernos en las sendas de la justicia, de la rectitud y de la verdad.

Una vez que hemos adquirido hábitos de justicia, hemos ganado una maravillosa victoria sobre el adversario. Entonces nos unimos automáticamente a la justicia, y para nada nos atrae ya la injusticia, cualesquiera que sean los alicientes presentados por el adversario para influenciarnos.

En cambio, si estamos acostumbrados a practicar la injusticia, el adversario tendrá en sus manos toda clase de hilos mediante los cuales podrá hacernos bailar y correr a su antojo. No podremos resistirle, de tanta atracción que ejercerán los alicientes sobre nosotros. De esta manera es cómo el adversario tiene cogidos a los seres humanos con sus hábitos.

El beodo sabe tan bien que se perjudica con su pasión, y que hace a los suyos desgraciados. El quisiera librarse de esa cadena, pero el hábito está tan profundamente arraigado en él que no puede resistir a la sugestión. Es así mismo para todo. Sólo podemos liberarnos con la poderosa ayuda divina.

El Señor está deseoso de ayudarnos en todos los sentidos y direcciones. Con él podemos escapar del ámbito diabólico, que embriaga a los seres humanos con el espíritu del mundo. Todavía estamos más o menos bajo esta acción, en la medida en que no hemos hecho los esfuerzos necesarios, dando los pasos resueltamente en los caminos divinos.

En suma, es fácil seguir el camino que con-

duce a la vida, pero es preciso querer andar sinceramente en él, y no temer los sobresaltos del viejo hombre que no quiere, que está mal dispuesto, que es orgulloso, hipócrita y religioso. Pero el conocimiento de los caminos del Señor nos es de una grandiosa ayuda para sacudir el yugo del espíritu del mundo.

Cuando conocemos lo que nos hace bien y lo que nos hace mal, y cuando tenemos cierta práctica en la verdad, podemos mucho más fácilmente razonar. Por ejemplo, en la comida y la bebida, cuando sabemos los efectos desastrosos causados por una alimentación malsana y desordenada, podemos mucho mejor mesurarnos y controlar la gula desenfrenada. El conocimiento de la verdad nos vuelve juiciosos y razonables, y poco a poco logramos conducirnos de la buena manera.

Es muy raro, sin el conocimiento de la verdad, que los seres humanos tengan el valor de violentarse a sí mismos en la dirección de la comida y de la bebida, porque no tienen el resorte ni la palanca que les permita vencer. Además, la mayoría piensan hacerse bien comiendo mucho y cosas que juzgan muy buenas, porque agradan a su paladar depravado. ¡Cuánto hacen para satisfacerlo!

En suma, el paladar tiene su razón de ser en el organismo humano; es para permitirles discernir el gusto de los alimentos y para invitarlos a alabar a Dios, que es el Creador de tantas cosas buenas para el placer y la satisfacción de sus criaturas terrenales.

El paladar nunca debería ser nuestro ídolo. Sin embargo, es así tan pronto como damos menos importancia a los principios de la ley divina, que en satisfacerlo desordenadamente en detrimento de nuestro cuerpo.

El organismo no puede soportar sin perjuicio tal derogación a los principios que lo rigen y que hacen posible su existencia. Es lo mismo en todos los órdenes; no podemos conservar un ídolo, ya sea material o espiritual, sin que esto se repercute en nosotros como un poder destructor.

No obstante, los seres humanos tienen muchos ídolos, y por ellos se entregan a toda clase de excentricidades. ¡Cuánto hacen por orgullo y deseo de figurar! En toda la línea es hipocresía y mentira. Así vemos actualmente, sobre todo en las ciudades (pero también en el campo) mujeres pintadas. Las mejillas lo son artificialmente; también los labios, los cabellos y las uñas, nada escapa. A veces son verdaderas pinturas ambulantes.

Las capas de barniz son tan espesas que casi se podrían rascar como se hace cuando se quiere quitar la pintura de un enmaderado. Hay algunas familias donde toda la gente femenina

está maquillada artificialmente; se pintan las uñas de azul, de rojo o de otro color, según las exigencias de la moda.

Es fácil comprender que si tenemos semejante mentalidad no nos asemejamos en nada a la verdad, porque publicamos así nuestro amor a la mentira y a la falsedad.

Vemos, pues, la gran necesidad que tienen los seres humanos de ser verdaderos en todo, en sus conceptos y en su forma de vivir. Es normal y hermoso tener mejillas rosadas, un semblante de agradables colores, pero naturales, sin valerse de artificios.

Todo debe proceder del interior y ser el producto de una mente sana en un cuerpo sano. Si el exterior deja que desear, es que algo falla en el interior; es ese fallo que debemos reparar y no querer ocultar los deterioros físicos con una capa de pintura.

Es en todo que los seres humanos se mueven en el error y la falsedad. El adversario procura seducirlos con todos los cebos susceptibles para tentarlos: el dinero, los honores, y todas las vanidades de este mundo de mentira y de engaño. El dinero sobre todo es el caballo de batalla que emplea el adversario, porque este es un cebo que tiene casi siempre éxito.

En efecto, los seres humanos saben muy bien que con el dinero se puede ir lejos en el mundo, mientras que, cuando se está sin un centavo, no se puede hacer nada. Es evidente que todo esto es del resorte del espíritu del mundo, que está en completa enemistad con el espíritu del Reino de Dios.

Actualmente, por decirlo así, el espíritu del mundo obra en el corazón de los humanos con un poder decuplicado. Además, esta época fue prevista en las santas Escrituras.

En su tiempo el apóstol Pablo escribió a Timoteo: "En los postrimeros días, habrá tiempos difíciles, porque los hombres serán traidores, arrebatados, hinchados de orgullo, amando los placeres más que a Dios."

Esos días difíciles han llegado, y se puede fácilmente constatar el espíritu que anima a los seres humanos, en todas las partes del mundo. Por cierto, que irá de mal en peor, porque los seres humanos están cada vez más bajo el poder demoníaco que obrará siempre con más fuerza sobre ellos.

Será lo que provocará una tribulación como nunca la ha habido, ni la habrá en los venideros siglos, dicen las Escrituras. En ese momento, la sugestión será tan grande que los seres humanos desfallecerán de terror. Será también el momento en que comprenderán que la verdadera ayuda sólo se encuentra en el Eterno. Entonces le suplicarán y vendrá para ellos el momento de la liberación.

También nosotros estamos al corriente del plan divino y del porqué de las cosas que acontecen actualmente. ¡Tenemos en mano todos los elementos necesarios para poder salir de esta terrible situación! pero necesitamos emplear las armas que están puestas a nuestra disposición, las cuales no son carnales sino armas esencialmente espirituales.

El Maestro amable y benévolo quiere socorrernos y ayudarnos, pero quiere también que seamos convenientes y razonables. No quiere tener que ver con orgullosos ni jactanciosos, que no tienen el deseo de enmendarse.

El quiere que los seres humanos vengan a él humilde y sinceramente, con un corazón deseoso de mejorarse y de someterse a los consejos de la sabiduría divina. El que es deshonesto e ingrato, no puede recibir nada, porque su espíritu no se presta a la influencia de la bendición del Señor.

Los seres humanos no conocen al Eterno, no se forman una idea del maravilloso plan que El elaboró en su gran sabiduría y en su infinita bondad, ya desde antes de la fundación del mundo. El estableció la tierra para ser una magnífica morada para los seres humanos.

Todo estaba preparado para su gozo y su prosperidad. Y si los seres humanos no lo hubieran estropeado todo, todavía actualmente sería como nunca el paraíso en la tierra. Pero han sembrado vientos y recogen tempestades. Es seguro también que, si nos movemos en la suciedad y en el desorden espiritual, si somos mentirosos e hipócritas, fanfarrones, aduladores y demás, el resultado de semejante mentalidad no puede ser ventajoso.

Pero no se trata solamente de examinar lo que sucede en el mundo, sino que también hay que mirar lo que pasa en lo íntimo de nuestro corazón y considerar los sentimientos que nos animan. En efecto, ¿cómo podríamos enseñarle a nuestro prójimo el buen camino si no lo seguimos nosotros mismos?

El buen camino es la senda que nos es trazada por nuestro querido Salvador, es apartarse del mal y dar resueltamente el paso por el camino de la rectitud y de la verdad. Es dejar al adversario y no querer escuchar nada de sus llamadas ni de sus insinuaciones.

Por lo tanto, no queramos permanecer más esclavos del adversario. Es muy necesario, pues, sacudir su yugo de una vez para siempre, ¡y darle las espaldas! si no queremos fracasar lamentablemente en la carrera que hemos emprendido, ahora es para nosotros el momento decisivo de cambiar verdaderamente de mentalidad.

Si no procuramos ahora quebrantar voluntariamente nuestro orgullo, de todos modos, será quebrantado por las tribulaciones que vengan, y además nos quedará el amargo pesar de no haber hecho lo necesario en el tiempo oportuno. Es lo que acontecerá a todos los que actualmente combaten en contra de la verdad y de los hijos de Dios.

Procuremos, pues, corregirnos de nuestras faltas, viviendo honradamente el programa divino. Para esto se trata de sondearnos seriamente a nosotros mismos y examinarnos imparcialmente.

En efecto, si bien nos es fácil ver los defectos del prójimo, en cambio, automáticamente, somos muy indulgentes con nosotros mismos. Esta es una táctica muy errónea, porque así no podemos transformarnos.

Ahora es necesario tener el valor de reconocer nuestras lagunas y no debemos esquivar los toques de atención, sino, al contrario,

permanecer en el fuego de la prueba para ver cómo nos conducimos en ella, y si quedan aún en nosotros cosas para quemar.

Si en nosotros hay algo combustible, no huíamos cobardemente, sino que dejemos quemar valerosamente todo lo que debe desaparecer. De esta manera haremos un magnífico trabajo que traerá una grandiosa bendición y nos procurará un progreso fantástico en la transformación de nuestra mentalidad.

Sobre todo, conviene que nos ejercitemos en la gratitud. Tenemos todavía la costumbre de recibir todas las benevolencias divinas como una deuda. Esta es una falta grave, puesto que nada merecemos; todo lo recibimos de pura gracia y misericordia de parte del Eterno.

Debemos apresurarnos en desembarazarnos de nuestro orgullo, porque no es por cierto una honra ser orgullosos. Además, el orgullo equivale a una media locura que nos impide tener un sano discernimiento de las cosas, y sobre todo de nuestra propia situación personal.

Si queremos salir de nuestras tinieblas y desenvolvemos en la luz, es indispensable que echemos fuera de nuestro corazón todo lo que lo entenebrece; pues de lo contrario el Señor no podrá ayudarnos. El nos da todo lo que necesitamos e incluso nos da la fe, pero conviene hacer lo necesario para recibirla y conservarla.

De todo cuanto pueda sucedemos, lo peor es perder la fe; es más terrible que perder la vida. En efecto, es imposible darle otra cosa más al que ha perdido la fe. Por este hecho pierde todo cuanto ha recibido y ya no es capaz de recibir lo que querrían darle. Ahora bien, la pérdida de la fe proviene siempre de una falta de ejercicio en el agradecimiento.

Por lo tanto, es indispensable que luchemos contra nosotros mismos, contra nuestras tendencias y nuestros hábitos ilegales. Para combatir eficazmente, no basta con pertenecer a una religión; es preciso tener el conocimiento de la verdad, la cual nos indica la absoluta necesidad de cambiar de carácter.

Es en esto que debemos trabajar con todo nuestro corazón, aprovechando todas las ocasiones y todas las facilidades que nos son dadas actualmente.

Tenemos el inmenso privilegio de estar en contacto con la bendición que el Señor derrama sobre su pueblo en abundancia, al servirnos el alimento dado a tiempo propicio a su servidor. Mas podrá muy bien llegar un momento en que tengamos que contar sólo con nuestras propias fuerzas, y en que debamos dar razón de nuestra esperanza.

Entonces será necesario tener la firmeza y la espiritualidad requeridas para permanecer de pie en todas las dificultades. Sólo nos quedará el socorro del Eterno y el de nuestro propio carácter, en la medida en que nos hayamos prestado a su transformación por la verdad.

Será en ese momento que se podrá reconocer a un verdadero hijo de Dios, diferenciar la imitación, lo verdadero de lo falso. En todo caso, es seguro que cada uno será puesto contra la pared por las circunstancias, porque debemos ser probados como el oro, que es probado con el fuego. Por lo tanto, si durante el tiempo favorable no hemos hecho serios y verdaderos esfuerzos, ¿cómo podremos permanecer de pie cuando la tempestad esté en su apogeo de violencia?

En consecuencia, tomemos medidas a tiempo. Apresurémonos en dejar los caminos tortuosos

del adversario y en apegarnos con todo nuestro corazón a la voluntad del Señor, que es buena, agradable y perfecta. Acostumbrémonos al bien. Apeguémonos a él fuertemente y separémonos del mal.

De esta manera, cuando la gracia divina puede obrar libremente en nosotros, tenemos la posibilidad de rechazar todos los ataques adversos y de permanecer de pie después de haber vencido todos los obstáculos. Podemos también oír la voz amable del Señor diciéndonos: "Bien, buen siervo y fiel, sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré, entra en el gozo de tu Señor.»

El Señor nos ayuda; pero no lo hace con adulaciones; nos presta ayuda mostrándonos nuestras debilidades e indicándonos cómo podemos desembarazarnos de ellas. Debemos, pues, estar profundamente agradecidos de que el tome un cuidado tan grande de nuestra educación y de nuestra curación.

Cuando tenemos delante de nosotros un mecanismo que quisiéramos hacer funcionar y que no anda bien, a causa de una avería que no descubrimos, cuán felices estamos si alguien viene a mostrarnos la parte enferma, e indicamos la solución infalible para remediarla. Deberíamos experimentar el mismo entusiasmo cuando el Señor nos educa en su escuela para hacernos viables y felices.

Hemos de desarrollar una inmensa gratitud y un apego profundo por el Eterno y nuestro querido Salvador. También crear un afecto verdadero entre hermanos y hermanas a fin de formar la bella familia divina.

En la familia divina reinan la armonía, el buen entendimiento y el afecto del reino de Dios. Para lograrlo, debemos procurar eliminar las dificultades que están en nuestros corazones, combatiendo resueltamente todo lo que haya en nosotros de egoísta, para que pueda animarnos el amor divino.

Así es como llegaremos a ser verdaderos hijos de Dios que pueden permanecer en la Casa de su Padre, siempre y eternamente; seremos de los que han adquirido la mentalidad del Reino de Dios, y que son una honra al Eterno y a nuestro querido Salvador.

Así obtendremos una completa victoria sobre las dificultades del día, y podremos alcanzar la meta como consagrados o como miembros del Ejército del Eterno.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos sentido que nos liberábamos de un mal hábito del adversario, renunciado fácilmente, sido más humildes y un rayo de luz?
2. ¿Cuáles han sido nuestras victorias sobre la sugestión del adversario, y nuestros éxitos del día en el amor desinteresado?
3. ¿Nos hemos mantenido en la senda de la verdad, tenido victorias sobre el egoísmo, practicado la justicia y el amor divinos?
4. ¿Hemos podido dominar nuestra golosina, los celos y la crítica, vencido el descontento, traído impresiones divinas?
5. ¿Hemos sido verídicos, podido traer estímulo, refrenar ciertos impulsos, en pensamientos, palabras y acciones?
6. ¿Hemos cultivado la gratitud y aprendido lecciones de bondad, generosidad, fidelidad y paciencia?